

CONSTANZA TERNICIER

*La trayectoria
de los aviones en el aire*



C

Editorial Comba

Colección Narrativa

CONSTANZA TERNICIER

*La trayectoria
de los aviones en el aire*



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Loreto Aravena en una foto de Juan Pablo Ternicier

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación e ilustraciones: Roger Castillejo Olán

© Constanza Ternicier

© Editorial Comba, 2016
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-944938-6-7

Depósito Legal: B-21.765-2016

Índice

Día uno	13
Día dos	29
Día tres	45
Hacia el día cuatro	59
Noche cuatro	73
Día cinco	81
Día seis	89
Día siete	103
Día ocho	115
Día nueve	131
Noche nueve	141
Día diez	147
Día once	159
Día doce	169
Día trece	185
Días ulteriores	193

A mis padres

...y me despido de estos poemas
palabras, palabras —un poco de aire
movido por los labios— palabras
para ocultar quizás lo único verdadero:
que respiramos y dejamos de respirar.

Jorge Teiller, *Despedida*

La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y las del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar.

Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*

Follar es lo único que desean los que van a morir. Follar es lo único que desean los que están en las cárceles y en los hospitales. Los impotentes lo único que desean es follar. Los castrados lo único que desean es follar. Los heridos graves, los suicidas, los seguidores irredentos de Heidegger. Incluso Wittgenstein, que es el más grande filósofo del siglo xx, lo único que deseaba era follar. Hasta los muertos, leí en alguna parte, lo único que desean es follar. Es triste tener que admitirlo, pero es así.

Roberto Bolaño, *Literatura + Enfermedad = Enfermedad*

La naturaleza del alacrán es picar. La mía es amar,
aunque me duela.

Adagio hindú

Día uno

First Breath After Coma
Explosions In The Sky

Abriste un ojo y luego el otro, así como la gente suele abrir los ojos cuando no entiende muy bien qué es lo que está pasando, dónde se ha quedado dormida o a qué lugar ha venido a despertar. Cuando está todo más claro, uno se despierta abriendo los dos ojos al mismo tiempo. Había una cortina celeste cerca de ti, de esas encargadas de separar los espacios. Todavía no sabías bien de qué o de quién te estaban separando, pero seguro que había muchas de esas cortinitas por toda la sala. Alcanzaste a darte cuenta de que estaban agarradas al biombo con unos ganchos que bien podrían haber sido unos espermatozoides. Te reíste sin ganas de reírte. A pesar de que estabas en una ciudad más bien grisácea y que apenas conocías, la luz del sol estaba enceguedoramente brillante. Molesta, una luz definitivamente molesta. Entrecerraste los ojos y, pese a la dificultad, te diste vuelta hacia el otro lado. Ahí estaban las últimas

personas con quienes jamás creías que te encontrarías: padre y madre. Pero ellos no estaban solos, no. Había también una enfermera muy bajita con cara de filipina, un doctor oriental que tenía cara de guardar en sí mismo la paciencia del mundo entero y una doctora flaca y alta que tenía cara de nada. Todos inclinaron la cabeza hacia la izquierda y adoptaron la misma expresión mezcla de sorpresa y ternura que la gente suele poner cuando alguien que parecía que nunca iba a despertar finalmente lo hace. Y entonces vino la algarabía, los saltos, el batir de palmas, los abrazos y todas las otras muestras de entusiasmo que pueden existir en el mundo. Y luego un silencio que no explicaba en nada la secuencia de acciones que se habían sucedido al momento en que tú, Amaya Tripet, abriste un ojo y luego el otro. ¿Qué esperaba esa gente? ¿Que fueras tú la que dijera algo, si ni siquiera entendías dónde estabas ni qué hacían tantos tubos rodeándote, como si fueses un parque de diversiones acuático?

First Breath After Coma. Podría haber estado sonando la canción de Explosions in The Sky en el aire.

Se sucedieron las muestras de cariño, las de los doctores y enfermeros que están acostumbrados a ver a gente morir y las de unos padres que no están para nada acostumbrados a ver a sus hijos a punto de morir. Los acostumbrados y los desacostumbrados parecían igual de contentos, unos por vocación y otros por eso que casi todos entendemos como amor filial. «¿¡Despertaste!?!»... «¡Qué alegría tenerte de vuelta!»...«*It's incredible*»...«*We are so grateful*»...«*Nothing is impossible*»...«Vaya sustito

nos hiciste pasar»...«Por fin estás de vuelta, hija mía, hija nuestra»...«*You are a wonderful and strong woman*». Ni siquiera parecían preocupados por la posibilidad de que te hubieses quedado muda. Lo más lógico habría sido preguntarte cómo te sentías, pero en momentos como ése nada es demasiado lógico. Era conveniente y oportuno que todos empezaran a deshacerse de ese tipo de parámetros desde ya, pues no les iban a servir de mucho. Tus padres se abalanzaron sobre ti, o sobre lo que iba quedando de ti, y por poco te rompen en mil pedacitos. Tanto tubo resultaba incómodo y habrías dado cualquier cosa por sacártelos de encima. Te alegraste de ver a tus papás, de volver a verlos, y de verlos así, tan contentos. Te habría gustado ser tú la que se abalanzara sobre ellos, pero no estabas segura de poder lograrlo. Apenas podías levantar los brazos para saludarlos en el aire con la mano bien abierta y agujereada. Era linda la escena, muy familiar y muy moderna, pero ¿qué es lo que hacían ellos ahí? Y primero que nada, ¿qué era ahí? Bueno, tampoco era muy difícil darse cuenta. Unos biombos color celeste y con espermios, una camilla reclinable, quejidos que se escuchaban desde el fondo de la sala, las caras gastadas de las enfermeras y los doctores, el olor de la asepsia, el olor neutro de la higiene moribunda. Era un hospital. En tu país, aunque fuera carísimo, convenía ir a una clínica porque, de lo contrario, era altamente probable que acabaras muriéndote de pobre. La gente en los hospitales se moría de pobre. Pero algo recordabas de tus últimos pasos, estabas casi segura de que te habías

ido de tu país. Tal vez en este lugar del mundo no era un disparate ir a un hospital a intentar recuperarse de algo, de algo que nadie terminaba de entender.

De pronto te vinieron un par de *flashes* que no lograste encajar del todo. Una torre gigante que estaba llena de turistas, una rueda de la fortuna que cambiaba de colores por la noche, un mercado interminable de ropa de segunda mano al que todo el mundo iba con su mejor *look*, un castillo plantado en el medio de un jardín excesivamente verde y blanco, las tantas veces que casi te atropellaron por no mirar en la dirección correcta, los puestos de fruta que parecían de mentira. Algo te decía que se trataba de dos lugares diferentes que se mezclaban molestos en alguna parte insólita de tu memoria.

Y al final de todo, el mar.

El recuerdo de una ciudad con mar en la que incluso daba un poco de vértigo aterrizar. El roce del mar. La eterna fantasía de vivir lo más cerca posible de una playa sin olas y jamás tan helada como las de tu propio país. Un país donde el mar tenía algo más que agua y peces. Había una historia allá abajo. Y aquí también había una: había empezado en alguno de estos lugares y había terminado aquí, en un hospital con cortinas de espermios.

Desde el fondo del grupo de espectadores entró caminando una mujer muy alta y cadavérica. Tenía el pelo totalmente blanco y las arrugas de la gente que envejece de ese modo tan frío y primermundista como ése que parecía acompañarlos a todos. Menos a tus

padres, claro. Se presentó como alemana, pero hablaba perfecto el español. Luego supiste que había estado en unas misiones, medio cristinas, medio socialistas, o quién sabe, en Latinoamérica. Esa gente siempre acaba llevándose la mejor impresión del continente, la pobreza les hace gracia y se sienten muy orgullosos de salir en las mismas fotos con unos niños mocosos y descalzos. Pero ésa era una buena mujer, una mujer escalofriantemente sola, pero una buena mujer. «¿Te acuerdas de algo? Ayúdanos en esto. Todos juntos vamos a ayudarte, pero tú también tienes que ayudarnos a nosotros. Estamos muy felices de tenerte de vuelta. ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes cómo se llama este lugar? ¿Sabes por qué tus padres están aquí contigo? ¿Qué es lo último que recuerdas?» Eran bastantes preguntas a la vez, pero sabías que en algún momento podrías responder cada una de ellas. Para la mujer se trataba de preguntas casi retóricas. No esperaba realmente una respuesta.

Le dijo un par de cosas a algunos de tus espectadores, a ésos que entraban en el rubro de personal médico. Los que entraban en el rubro de padres de familia, en tanto, decidieron rodear la cama de la supuestamente enferma joven; o sea tú. Se puso uno a cada lado, madre a la izquierda y padre a la derecha, y te tomaron las manos moradas. Respiraban aliviados y repetían una y otra vez que todo iba a estar bien. Eso era lo que siempre habías esperado que te dijeran. Cuántas veces no deseaste con toda tu alma que te abrazara alguien de brazos firmes, te tomara la cabeza minúscula y te

dijera con una certeza incorruptible que todo iba a estar bien. Por fin alguien te lo estaba diciendo, y qué mejor que tus mismísimos progenitores. Supiste que te esperaba una larga tarde y te dieron ganas de ir al baño. Te trajeron una silla especial por si querías estar sentada un rato ahí e intentarlo. Nunca en tu vida el concepto de privacidad se había visto tan vulnerado. Luego de pasar un buen rato sentada en esa ridícula silla, te dijeron que mejor te acostaras, que te traerían algo para ponerte sobre la cama por si la digestión empezaba a funcionar. Ibas retrocediendo a pasos agigantados a ese tiempo en que apenas tenías meses y no sabías nada de lo que eran los años.

La cama estaba muy lejos de ser una *king size bed*, pero era muy cómoda y tenía como diez posiciones distintas. Podrían acomodarse allí los tres y escoger la mejor, la que mejor le quedara a ese pedazo de familia que había terminado reuniéndose en un lugar tan pulcro y tan seguro de sí mismo como un hospital. «Tus amigos te trajeron hasta aquí», decía padre. «Atinaron superbién tus amigos, Amaya, éstos son los amigos que valen la pena, no los otros», remataba madre. «Todavía no se sabe muy bien qué es lo que te ocurrió. En estos momentos hay unos exámenes tuyos analizándose en Oxford. Van a tardar unas tres semanas. ¡Mira lo importante que estás! Una de las primeras universidades del mundo. Capaz que después te tengan como un conejillo de indias encerrada en un laboratorio y te paguen por usarte para el progreso de la ciencia. ¡Huuuaaaaa! Como esos ratoncitos blancos que llevába-

mos a la casa. ¿Te acuerdas?», continuaba padre. Claro que te acordabas de esos ratoncitos que, sabías, iban a morir en algún momento, pero no tenías idea de que les pagaran por prestar su cuerpo. Ratones prostitutos. Tu papá, que es veterinario, se había empeñado toda su vida en compararte a ti y a tu hermano con los animales. Bonita comparación. Total, los dos tenían cerebro y, al parecer, ahí estaba el problema. Supusiste que ahí estaba la raíz de todo porque te preguntaron muchas veces, insistentemente, cómo sentías la cabeza, si te dolía en alguna parte, si no estabas acaso mareada o con las sienes abombadas. «Es algo en el cerebro, pero se desconoce la causa, hija mía. Seguro que ya lo vamos a saber, tú tranquila», concluyó madre. ¿Y cuándo se conocen las causas de las cosas? Casi nunca, pensaste. Te entregaste a esa idea. Lo único que te interesaba saber era cuándo podrías regresar a la ciudad que habías dejado, la del mar que daba vértigo, pero no te atrevías a preguntarlo. Te costaba un poco hablar, tu garganta estaba herida por uno de los tantos tubos con los que te habían conectado al mundo exterior. Tal vez era el momento de guardar un poco de silencio.

Era sábado, un día que algunas personas suelen destinar para pasar en familia. Y ésta no sería la excepción. Pasaron toda la tarde conversando de una vida entera, como si fuera capaz de resumirse sólo por el hecho de haber comenzado a sentir que las cosas podían terminarse, que de un momento a otro los planes de una persona planificada acababan desmoronándose sin ninguna discreción. Tu pelo debe de haber estado

asquerosamente sucio y, si bien no parecía tener ningún olor —la locura lo había neutralizado todo—, no podías entender cómo madre y padre eran capaces de tocarlo por tanto rato. Tal vez era el único espacio que les quedaba libre para hacerte un poco de cariño, porque el resto del cuerpo había sido totalmente intervenido. Curioso que precisamente la cabeza, el lugar donde supuestamente se centraba el problema, estuviese más o menos despejada. Eso sí, todavía tenías las pegatinas de colores que habían usado para enchufarte los miles de cables utilizados en las pruebas. Podrían haber sido chicles de colores que se te habían quedado pegados en el pelo desde que eras niña, o una trampa para que los dedos de esas personas que se empecinaban en hacerte cariño no pudieran despejarse nunca más de allí. Resultaba tan reconfortante tenerlos así de cerca y así de juntos. Ellos también se hacían cariño de cuando en cuando, buscaban un consuelo, se felicitaban, se aliviaban, se miraban cómplices ante cualquier pregunta incómoda. Todavía tenían mucho que contar, pero los doctores les habían pedido discreción. Había que ser prudentes, ir poco a poco. Finalmente, eran ellos los expertos. Genios o asesinos, como dice Bernhard, da lo mismo: expertos sumergidos en el fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo. De lo nuevo, ellos hacían una teoría convincente.

Entonces, más que conversar de lo ocurrido, hablaron de todo lo anterior: de por qué no había venido su hermano con ellos, que estabas dispuesta a pagarle el pasaje, de quiénes eran esos amigos que se habían portado tan bien

contigo y qué había pasado con las amigas esas con las que recordabas haber iniciado el viaje desde esa ciudad de la que te sentías tan parte, ésa que dolía a amor, de la llamada que habían recibido y cómo habían logrado tomar un avión tan rápido y desde tan lejos, de esos ángeles que contabas con los dedos de una mano y con quienes te habías sentido protegida durante el tiempo, de quién era ese hombre de nombre serbio y por qué razón lo considerabas parte de tu panteón angélico, de cómo lo habías conocido —¿en el aeropuerto de París?—, sí, comenzabas a recordar tu itinerario, que habían hablado cerca de dos horas con él, el tiempo de retraso que tuvo el avión que te llevaría a tu destino casi final, como esa mala película gringa, aunque aquí nadie había anticipado la tragedia, que el hombre ese te había hecho un mapa de esta inmensa ciudad y te había explicado un poco la enredada manera en que funcionaba el metro, aquí llamado Underground y no Subway, porque todo parecía más profundo y socavado en esta parte del mundo, en lo que tus papás estaban de acuerdo, pese a que en los últimos días sólo se habían movido cerca del hospital y habían conocido a una señora muy simpática que se llamaba Wendy —cómo no iba a ser simpática con ese nombre—, que les había invitado a alojarse en el edificio donde se quedaban los funcionarios y los familiares de los pacientes, y entonces casi no habían tomado el famoso Underground, aunque habían pasado unos días de mucho miedo y se habían sentido enterrados en lo más profundo de la tierra, pero de todos modos habían salido a comer por ahí ya que de algo había que alimen-

tarse, y coincidían en que ésta era la ciudad más cara del mundo, pese a que en ese barrio más bien proletario había buenas ofertas, porque el proletariado del primer mundo, en fin, tampoco se parecía mucho al del tercero, o al del segundo, y te dijeron que te invitarían a comer sushi a un lugar que ya tenían visto y al que habían ido a tomarse una sopa miso, que estaban adictos a la sopa, contaban, porque era también la opción más barata, claro, y además ese hombre serbio con pintas de ángel también te había contado que hacía Kung Fu y te había regalado un parche para que se lo dieras a tu hermano chico que, por supuesto, tampoco había venido, y padre te preguntó si por alguna casualidad ese hombre te había ofrecido algo para tomar o si te había llevado al baño, y madre lo miró con cara de no vayas tan rápido, no la espantes, y tú sin oírlos les contaste que lo impresionante era que luego, al llegar al departamento de tu amigo, había un señor con el mismo nombre que vivía en el segundo piso, y te había parecido casi kármico, y luego te imaginarías que los sujetadores de tu cama reclinable eran los pisos de ese departamento y que tendrías que romperlos para dar con alguna clave, al igual que habías roto uno de los barrotes del dúplex de tu amigo que, ahora te acordabas, no era en realidad tu amigo, sino el amigo de tu amigo, pero que por esos extraños acontecimientos se había convertido en algo así como uno de los amigos más entrañables que podrías haber llegado a tener.

Todo un día de conversación y aún eras incapaz de echar para fuera la poca comida que llevabas adentro.